

“Hay obras que atraviesan mi pupila y se convierten en emocionantes recuerdos de un presente esperanzador”.

Existen dos razones por las que decidí ser crítica de arte. La primera es para gritar en los museos que una broza es una broza, y la otra, para descubrir a los amantes de esta disciplina que en la contemporaneidad existen artistas que serán eternos.

La obra de María Maquieira es además de un lujo para los sentidos, un verdadero canto a la esperanza.

Su trabajo aún una técnica clásica e imbatible con un sentimiento que traspasa el papel. Sus trazos son certeros como certero es el mensaje. La distancia, el olvido, los sueños, las relaciones y los anhelos, tocan el corazón de quien se toma el tiempo necesario para observar el conjunto de su obra. Se trata de un deleite que pocos artistas de la escena contemporánea consiguen con tanta fuerza y virtuosismo.

Esta joven artista de Sada, licenciada en Historia del Arte conoce a la perfección los entresijos de la base de esta disciplina; al igual que nosotros disfrutamos con su obra y podemos alcanzar la respuesta adecuada a la pregunta que esta artista plasma, antes lo ha hecho ella con los grandes genios inamovibles de esta hermosa Historia.

Puedo ver el reflejo de Durero en el iris de María Maquieira.

La delicadeza, el espíritu poético y la minuciosidad de su técnica elevan a su obra a la categoría de arte. Una innegable realidad que nos abrumba en la contemplación de su trabajo.

La crítica tiene que frenarse pues, delante de lo que Maquieira nos presenta porque sería un grave delito no orientar la vista del público hacia donde hay luz.

Y es esta luz lo que ha iluminado la gracia y el valioso discurso irrevocable del que tiene que decir algo importante.

Un discurso personal que ha de presentarse en las paredes de los museos del mundo entero para que todo lo que nos rodea vuelva a tener sentido.

María von Touceda